

fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria: y en verdad, señor caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie no sé cuando llegaré, ni cuando volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió D. Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues qué más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió D. Quijote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, qué á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia, y sería yo de parecer que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió D. Quijote; mas quíerote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: asi que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofisticado ni del fantástico: y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo; y ruégole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oírle mentar se me revuelve el alma, cuanto y mas el estomago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré mara-

villas á mi señora ; y escriba la carta , y despácheme luego , porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo D. Quijote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*, segun he oído decir. No entiendo qué quiere decir *retentio*, dijo D. Quijote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mas los pies si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante : y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Asi es la verdad, dijo el de la Triste Figura : ¿pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo D. Quijote ; y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en ojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no cualquiera sacristan te la trasladará : y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firmaron, respondió D. Quijote. Está bien, respondió Sancho ; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla ; y en lo que toca á la carta de amores pondrás por firma : *Vuestro hasta la muerte el caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso que vaya de mano agena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y

aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre de estos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba : tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta ta, dijo Sancho, ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo D. Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el mas forzudo zagal de todo el pueblo : vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. ¡O hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de alli mas de media legua, asi la oyeron como su estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo, y querria ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol y al aire : y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, asi el del vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser segun deben de ser muchas la vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo Don

Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuan necio eres tú y cuan discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dijo á la buena viuda por via de fraternal reprehension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha cosa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, a queste no quiero; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero tanta filosofia sabe y mas que Aristóteles: asi que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso tanto vale como la mas alta princesa de la tierra: sí que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrio les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú, que las Amarilis, las Filis, la Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? no por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y asi bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es asi, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginacion como la deseo asi en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, griega, bárbara ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no será castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra mer-

ced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombre asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria D. Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo cual respondió Sancho: escribala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo; pero con todo eso digamela, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha, que asi dice, dijo D. Quijote.

*Carta de D. Quijote á Dulcinea del Toboso.*

SOBERANA Y ALTA SEÑORA,

« El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del co-  
 » razon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él  
 » no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi  
 » pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea  
 » asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que ade-  
 » mas de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te  
 » dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del  
 » modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo  
 » soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi  
 » vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

» Tuyo hasta la muerte,

» El caballero de la Triste Figura. »

Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El caballero de la Triste Figura*. Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió D. Quijote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en osotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dijo D. Quijote, y habiéndola escrito se la leyó, que decia asi:

« Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos, señora

» sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que  
 » dejé en casa, y estan á cargo de vuestra merced : los cuales tres  
 » pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibi-  
 » dos de contado, que con esta y con su carta de pago serán bien  
 » dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y siete de  
 » Agosto deste presente año. »

Buena está, dijo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dijo D. Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos y aun para trecientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho : déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester asi, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir : y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros : y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento ; quanto mas que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece : y si no aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones : porque ¿ dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una?... no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotriquee y lo eche todo á doce aunque nunca se venda : bonico soy yo para eso ; mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase. A fe Sancho, dijo D. Quijote, que á lo que parece no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico ; pero dejando esto aparte, ¿ qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo ? ¿ ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores ? No te dé pena ese cuidado, respondió D. Quijote, porque aunque tuviera no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me

dieren , que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. A esto dijo Sancho : ¿ sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo segun está escondido. Toma bien las señas , que yo procuraré no apartarme destes contornos , dijo D. Quijote , y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos por ver si te descubro cuando vuelvas , quanto mas que lo mas acertado será , para que no me yerres y te pierdas , que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay , y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso , las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas , á imitacion del hilo del laberinto de Teseo. Asi lo haré , respondió Sancho Panza , y cortando algunas pidió la bendicion á su señor , y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél ; y subiendo sobre Rocinante , á quien D. Quijote encomendó mucho , y que mirase por él como por su propia persona , se puso en camino del llano , esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado ; y asi se fué , aunque todavía le importunaba D. Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos cuando volvió y dijo : digo , señor , que vuestra merced ha dicho muy bien , que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras , será bien que vea siquiera una , aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿ No te lo decia yo? dijo D. Quijote : espérate , Sancho , que en un credo las haré : y desnudándose con toda priesa los calzones , quedó en carnes y en pañales , y luego sin mas ni mas dió dos zapatetas en el aire , y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto , descubriendo cosas que por no verlas otra vez volvió Sancho la rienda á Rocinante , y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco ; y asi le dejaremos ir su camino hasta la vuelta , que fué breve.

## CAPITULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo D. Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo , dice la historia que asi como D. Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido , y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces , se subió sobre una punta de una alta peña , y allí

torció á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que cuál seria mejor y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desafortunadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas; y hablando entre sí mismo decia: si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles; pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante: y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea de Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno así como él es en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió; y hariale agravio manifiesto si imaginando otra cosa della me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas; porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destes arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de D. Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cual se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fue rezar, y así lo haré yo: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fati-



gaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse. Y así se entretenía paseándose por el pradedillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le hallaron, no fueron mas que estos que aquí se siguen :

Arboles, yerbas y plantas,  
Que en aqueste sitio estais  
Tan altos, verdes y tantas,  
Si de mi mal no os holgais,  
Escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,  
Aunque mas terrible sea;  
Pues por pagaros escote,  
Aquí lloró D. Quijote  
Ausencias de Dulcinea  
Del Toboso.

Es aquí el lugar adonde  
El amador mas leal  
De su señora se esconde,  
Y ha venido á tanto mal,  
Sin saber cómo ó por dónde.

Traele amor al estricote,  
Que es de muy mala ralea;  
Y así hasta henchir un pipote,  
Aquí lloró D. Quijote  
Ausencias de Dulcinea  
Del Toboso.

Buscando las aventuras  
Por entre las duras peñas,  
Maldiciendo entrañas duras,  
Que entre riscos y entre breñas  
Halla el triste desventuras.

Hirióle amor con su azote,  
No con su blanda correa,  
Y en tocándole al cogote,  
Aquí lloró D. Quijote  
Ausencias de Dulcinea  
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar D. Quijote que si en nombrando á Dulcinea no decía tambien el *Toboso* no se podría entender la copla: y así fué la verdad, como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas destas

tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si como tardó tres dias tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no lo conociera la madre que lo parió: y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué que en saliendo al camino real se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta todavía dudoso si entraria ó no; y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron; y dijo el uno al otro: digame, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro D. Quijote; y conociéronle tan bien como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros, los cuales asi como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de D. Quijote se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre diciéndole: amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y asi les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. No hay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza

les contaba; y aunque ya sabian la locura de D. Quijote, y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo : pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase ; á lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena lētra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado D. Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy aprieta, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego aprieta y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero le dijeron que qué le habia sucedido que tan mal se paraba. ¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo? ¿Cómo es eso? replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y díjole que en hallando á su señor él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar donde y cuando quisiesen. Decidla Sancho pues, dijo el barbero, que despues la trasladaremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato : por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia : *Alta y sobajada señora*. No dirá, dijo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dijo Sancho : luego, si mal no me acuerdo, proseguia... si mal no me acuerdo... *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata*

y muy desconocida hermosa; y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte el caballero de la Triste Figura*. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronse mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimismo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates: tras esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar: dijo tambien como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser emperador, ó por lo menos monarca, que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser menos, y le habia de dar por muger á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo considerando cuan vehemente habia sido la locura de D. Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que pues que no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oír sus necesidades; y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por lo menos arzobispo ó otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, si no de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos. Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A B C; ¿qué será de mí si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y

aun se lo pondremos en caso de conciencia , que sea emperador y no arzobispo , porque le será mas fácil á causa de que él es mas valiente que estudiante. Así me ha parecido á mí , respondió Sancho , aunque sé decir que para todo tiene habilidad : lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decís como discreto , dijo el cura , y lo hareis como buen cristiano ; mas lo que ahora se ha de hacer es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo ; y para pensar el modo que hemos de tener , y para comer , que ya es hora , será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos , que él esperaria allí fuera , y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella ; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer , que fuese cosa caliente , y asimesmo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron , y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban , vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de D. Quijote , y para lo que ellos querian , y fué que dijo al barbero que lo que habia pensado era que él se vestiria en hábito de doncella andante , y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero , y que así irian adonde D. Quijote estaba , fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa ; y le pediria un don , el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante , y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho , y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz , ni la demandase cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero ; y que creyese sin duda que D. Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término , y que desta manera le sacarían de allí , y le llevarian á su lugar , donde procurarían ver si tenia algun remedio su extraña locura.

## CAPITULO XXVII.

De como salieron con su intencion el cura y el barbero , con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al barbero la invencion del cura , sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas , dejándole en prendas una sotona nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja do buey donde el

ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de D. Quijote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huesped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver; púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herruelo subió en su mula á mugeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apenas hubo salido de la venta cuando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pudiese asi aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que asi se profanaba menos su dignidad, y que si no lo queria hacer determinaba de no pasar adelante aunque á D. Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efecto el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á D. Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que sin que se le diese lición él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde D. Quijote estaba, y asi dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la

sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí que para hacer mercedes á sus escuderos mas podian los emperadores que los arzobispos andantes: tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pudiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y asi determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el dia que allí llegaron era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sosegados y á la sombra llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas que verdades, y mas cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos,

no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos :

¿ Quién menoscaba mis bienes ?  
Desdenes.

¿ Y quién aumenta mis duelos ?  
Los zelos.

Y quién prueba mi paciencia ?  
Ausencia.

De ese modo en mi dolencia  
Ningun remedio se alcanza,  
Pues me matan la esperanza  
Desdenes, zelos y ausencia.

¿ Quién me causa este dolor ?  
Amor.

¿ Y quién mi gloria repuna ?  
Fortuna.

¿ Y quién consiente mi duelo ?  
El cielo.

De ese modo yo rezelo  
Morir deste mal extraño,  
Pues se aunan en mi daño  
Amor, fortuna y el cielo.

¿ Quién mejorará mi suerte ?  
La muerte.

Y el bien de amor ¿ quién le alcanza ?  
Mudanza.

Y sus males ¿ quién los cura ?  
Locura.

De ese modo no es cordura  
Querer curar la pasión,  
Cuando los remedios son  
Muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba causó admiración y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa oían ; pero viendo que duraba algun tanto el silencio determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oidos cantando este soneto :

## SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,  
Tu apariencia quedándose en el suelo,  
Entre benditas almas en el cielo  
Subiste alegre á las impíreas salas ;



Desde allá cuando quieres nos señalas  
 La justa paz cubierta con un velo,  
 Por quien á veces se trasluce el zelo  
 De buenas obras, que á la fin son malas.  
 Deja el cielo, ó amistad, ó no permitas  
 Que el engaño se vista tu librea,  
 Con que destruye á la intencion sincera :  
 Que si tus aperiencias no le quitas,  
 Presto ha de verse el mundo en la pelea  
 De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando al volver de una punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado cuando les contó el cuento de Cardenio, el cual hombre cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado ( como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido ) se llegó á el, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y asi viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo asi lo dieron á entender, y asi respondió desta manera: bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones caán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria por de ningun juicio; y no seria maravilla que asi fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo vengo á quedar

como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren; porque viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, antes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido aborrateis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á D. Quijote y al cabrero pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de D. Quijote en guardar el decoro á la caballeria, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarle hasta el fin: y asi llegando al paso del billete que habia hallado D. Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

## LUSCINDA A CARDENIO.

« Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzàn á  
 » que en mas os estime; y asi, si quisiéredes sacarme desta deuda  
 » sin ejecutarme en la honra, lo podreis muy bien hacer: padre  
 » tengo que os conoce y que me quiere bien, el cual sin forzar mi  
 » voluntad cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me  
 » estimais como decis y como yo creo. »

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de D. Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en desco de destruirme antes que el mio se efectuase. Dijele yo á D. Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no

porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linage de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion le dije que no me aventuraba á decirselo á mi padre, asi por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecia que lo que yo desease jamas habia de tener efecto. A todo esto me respondió D. Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡O Mario ambicioso! ¡ó Catilina cruel! ¡ó Sila facineroso! ¡ó Galalon embustero! ¡ó Vellido traidor! ¡ó Julian vengativo! ¡ó Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contenidos de su corazon? ¿qué ofensa te hice? ¿qué palabras te dije, ó qué consejos te di que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¡Quién pudiera imaginar que D. Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á D. Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con D. Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de D. Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fué, que en acabando de

decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volviame ella el recambio alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia, mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste día de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de D. Fernando, fui bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduría; y todo fué invencion del falso D. Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud; pero á los cuatro dias que allí llegué llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre antes de leerla quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino: dijome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de medio dia, una se-

ñora muy hermosa le llamó desde una ventana los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo : hermano , si sois cristiano como parecéis , por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito , que todo es bien conocido , y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor ; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer , tomad lo que va en este pañuelo : y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo , donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo , con esa carta que os he dado ; y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana , aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo , y por señas le dije que haria lo que me mandaba ; y asi viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla , y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba , porque yo , señor , os conozco muy bien , y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora , determiné de no fiarme de otra persona , sino venir yo mismo á dárosla , y en diez y seis horas que ha que se me dió he hecho el camino que sabeis , que es de diez y ocho leguas . En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia estaba yo colgado de sus palabras , temblándome las piernas de manera que apenas podia sostenerme . En efecto abrí la carta , y vi que contenia estas razones .

« La palabra que D. Fernando os dió de hablar á vuestro padre » para que hablase al mio , la ha cumplido mucho mas en su gusto » que en vuestro provecho . Sabed , señor , que él me ha pedido por » esposa , y mi padre , llevado de la ventaja que él piensa que Don » Fernando os hace , ha venido en lo que quiere con tantas veras , » que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio , tan secreto » y tan á solas , que solo han de ser testigos los cielos y alguna » gente de casa . Cual yo quedo , imaginaldo : si os cumple venir , » veldo ; y si os quiero bien ó no , el suceso deste negocio os lo dará » á entender . A Dios plega que esta llegue á vuestras manos antes » que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan » mal sabe guardar la fe que promete . »

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia , y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros : que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos , sino la de su gusto , habia movido á D. Fernando á enviarme á su hermano . El enojo que contra D. Fernando concebí , junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia grangeada , me puisieron alas , pues casi como

en vuelo otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocila yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que asi como Luscinda me vió me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala D. Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mis determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y aprieta, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban aprieta porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: asi que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon mientras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermo-

sura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizzarria cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifesto agravio procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura, que no solo no se cansaban en oirle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir : *¿quereis, señora Luscinda, al señor D. Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡O quien se atreviera á salir entonces diciendo á voces : ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte que el decir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor D. Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro digo que habia de hacer lo que no hice : ahora que dejé robar mi cara prenda maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme : en fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen

espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca : *si quiero*; y lo mismo dijo D. Fernando, y dándole el anillo quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cual quedé yo viendo en el *si* que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido : quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos : solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que D. Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion que si me viesen de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso D. Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora ; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrarse el entendimiento que despues acá me ha faltado ; y asi sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quiese tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian ; y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena ; mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula : hice que me la ensillase : sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar como otro Lot volver el rostro á miralla ; y cuando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de D. Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa y



desagradecida; pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvía diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion que no la disculparan, pues antes de ofrecérseles D. Fernando no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia; que yo viniera y condescendiera con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué manõ destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hacía donde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hacía esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ven-

tura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando, y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y asi aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetererlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de D. Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: ¿decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habeis visto? y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere: yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser agena siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será exemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la quarta parte desta narracion; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

## CAPITULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia: la cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decia desta manera:

¡ Ay Dios! ¿ si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡ Ay desdichada! y cuan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi degracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se puede esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos cuando detras de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño, y así viendo que no habian sido sentidos, el cura, que iba delante,

hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia : asi lo hicieron todos , mirando con atencion lo que el mozo hacia , el cual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca : traia ansimismo unos calzones y polainas de paño pardo , y en la cabeza una montera parda : tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna , que sin duda alguna de blanco alabastro parecia : acabóse de lavar los hermosos pies , y luego con un paño de tocar , que sacó debajo de la montera , se los limpió ; y al querer quitársele alzó el rostro , y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable , tal que Cardenio dijo al cura con voz baja : esta , ya que nos es Luscinda , no es persona humana , sino divina. El mozo se quitó la montera , y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia : con esto conocieron que el que parecia labrador era muger , y delicada , y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto , y aun los de Cardenio , si no hubieran mirado y conocido á Luscinda , que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las elpaldas , mas toda en torno la escondieron debajo de ellos , que si no eran los pies , ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia : tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos , que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal , las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve : todo lo cual en mas admiracion y en mas deseo de saber quien era ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse , y al movimiento que hicieron de ponerse en pie , la hermosa moza alzó la cabeza , y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos , miró los que el ruido hacian : y apenas los hubo visto cuando se levantó en pie , y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia , y quiso ponerse en huida llena de turbacion y sobresalto ; mas no hubo dado seis pasos cuando , no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras , dió consigo en el suelo : lo cual visto por los tres salieron á ella , y el cura fué el primero que le dijo : deteneos , señora , quien quiera que seais , que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros : no hay para que os pongais en tan impertinente huida , porque ni vuestros pies lo podrán sufrir , ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra , atónita y confusa. Llegaron pues á ella , y asiéndola por